TRAGEDIA.

LA HORMESINDA,

EN CINCO ACTOS.

De D. Nicolás Fernandez de Moratin, Criado de S. M.

ACTORES.

Pelayo, *Vicente Marino*
Hormeſinda, *Señora Maria Ignacia Ibañez*.
Traſamundo, *Joſeph Eſpejo*.
Gaudioſa, *Señora Mariana Alcazar*.
Elvira, *Señora Vicenta Cortinas*.
Perrandez, *Euſebio Ribera*.
Munuza, *Simon de Fuentes*.
Zulema, *Thomás Carretero*.
Tulga, *Vicente Galván*.
Guardias de Menuza.
Guardias de Pelayo.



ACTO I.

SCENA I.

Salen Hormeſinda, *y Elvira*.

Elv. Bella Hormeſinda, templa el ſentimiento,
ſuſpende tu continuo, y triſte llanto;
da lugar al conſuelo, amada, y tanto
no llores, y ſuſpiras, afligida.
Mucho tardar no puede ya tu hermano
en volver à Gijón: ſu brazo heroyco
dexará la inſolencia caſtigada
del tírano Munuza: tú vengada
por ſu acero ſerás: no deſconfies,
y vuelve à ſerenar el roſtro bello,
que contemplan los miſeros Chriſtianos
como unica ſeñal de la fortuna.
La miſeria en que gimen importuna
conſuelan con mirarte como hermana
de Pelayo, ſu aſylo, y ſu eſperanza;
y aſi, porque ſu aliento no deſmaye,
ſuſpende el llanto, esfuerza la alegria.
Horm. Cómo podré alegrarme, Elvira mia,
ni cómo facil es que ſe conſuele
la infelíz Hormeſinda, que infamada
ſe mira por un barbaro villano?
Elv. No es qual juzgas tan aſpero tírano,
ſu mucho amor cegó ſu entendimiento,
y atropelló con fino atrevimiento
por lo que otro galán no atropellára
que no fueſe tan ciego, y tan amante;
pero te dió ſatisfaccion baſtante
en el modo que pudo, pues ufano
ſolo aſpiró à la dicha de tu mano.
Horm. Y cómo era poſible que penſára
un Moro vil, infame, y atrevido,
entre toſtados Arabes nacido,
llegar à conſeguir fuera ſu eſpoſa
la hermana de Pelayo? El Gran Pelayo,
que en las funeſtas margenes del Lete
al Africano Exercito fue rayo.
Un Moro, que en eſcuela abominable

los Dogmas aprendió torpes, y rudos,
con que enseña faláz su errada Secta
la falsa Religion del vil Profeta,
pudiera presumir que una Christiana
le admitiera por digno de sus brazos
sacrilega con no licitos lazos?
Ay Elvira! mi barbara fortuna
dió tanta libertad à su deseo,
sin poder los Christianos resistirlo.
El verme en el ultrage que me veo
le prestó alientos Quién me lo dixera
à mí, quando el obsequio desdeñaba
de tanto Conde Godo? Quando fiera
despedí esposos nobles en la Galia,
y me negué à los Principes de Italia.
Ah memoria! Ah memoria! qué tormento
tan barbaro me das! No soy yo aquella
por quien mas de una vez la Real Toledo
de Principes augustos se poblaba?
No soy la que los ánimos prendaba
à un tiempo de los Godos, y Españoles?
Pues cómo (ay de mí!) pudo un falso Moro
prender mi libertad con torpe ñudo?
Cómo aspirar à ser mi esposo pudo
quien no merece ser esclavo mio?
Yo, de la sangre Astura descendiente,
con la Real casa Goda emparentada;
Yo Española, y Christiana: Yo hija amada
de Luz, y de Favila: Yo heredera
de mil Cantabros Pueblos, y Asturianos,
que la vida expondrán por su Señora,
y en cautiverio vil me miro ahora!
Elv. Consolarte, Señora, ya procura.
Hor. Que así se ha malogrado mi hermosura!
O Cielo Santo! O temeroso dia!
qué lobrego amanece! qué funesto
à una alma triste agena de alegria!
Ay! cómo yo me acuerdo del pasado
tiempo felíz, en que hasta el Rey Rodrigo
se vió por mi desdén martirizado!
Quántas veces de embidia fue tocada
con desesperacion la hermosa, y linda,
aunque infelíz, bellisima Florinda!
Quántas veces de mí fué reputada
por infelíz! Mas ay! O quántas veces
vengo à ser yo mas que ella desdichada!
Es esta la fortuna que embidiaron
quando mis fieros emulos juzgaron
que el Thálamo Real yo le ocupase,
despreciadas las prendas de Egilona,
y estimé en poco entonces la Corona!
Elv. Consuelete, Señora, la desdicha
comun que lamentamos: no eres sola;
ya ves la Nacion inclita Española
en su Patria cautiva, y sojuzgada
por la canalla vil que Africa embia:
Quién ignora el conflicto, y agonía
de aquella horrenda, y pertináz batalla
que de nuestra prision la causa ha sido?
Hay por ventura alguno, à cuyo oído
nuestra infelicidad no haya llegado?
No se escucha en desierto, ni en poblado,
sino quejas, y miseros lamentos
de madres infelices, y de esposas,
que vagando afligidas, y llorosas
en vano con su voz hieren los vientos.
Los hijos de los padres separados,
en hondas, y obscurisimas mazmorras
lloran su desventura encadenados:
Los Templos, los Altares profanados,
sirven ya de Pesebres, y Mezquitas.
No huvo infamias horrendas, ni malditas
que no exerciese el barbaro enemigo;
mas su culpa asegura su castigo,
pues Dios no sufrirá por mucho tiempo
tanta prosperidad en un tirano.
Acaso no está lexos ya tu hermano
en cuyo amparo el Cielo se desvela,
y él pondrá fin à tu dolor acervo.
Horm. Esa esperanza sola me consuela.
Mas qué dirá (ay Elvira!) quando llegue
à comprender Pelayo mi deshonra?
Qué dirá quando entienda que engañado
con fingidas promesas, fue embiado
à Cordova à tratar aleves paces?
Ah Munuza! Ah Munuza! qué bien haces
en alejarle así! Mas qué sangriento
Catastrophe te espera! Quán sediento
de sangre arrancará la espada fuerte!
el estrago menor será tu muerte.
Pero con qué verguenza iré delante
de Pelayo à contarle mis afrentas?
En vano, en vano, ò corazon, intentas
esforzarme à decirlo; mas si callo,
muerte, y infamia en mis silencios hallo.
Toda soy confusion, horror soy toda.

Elv. Munuza, y Tulga de la sangre Goda
bastardo descendiente, y renegado
de la Christiana Ley, que ha abandonado,
ácia aqui salen.

SCENA II.

Munuza, Tulga, y dichas.

Mun. Adorada Infanta,
te vas porque yo vengo? Qué te espanta?
No me presento del acero armado,
feróz Guerrero, con semblante ayrado;
sumiso busco tu Real clemencia
para lograr el fin apetecido,
por que tanto anhelaron mis deseos,
de nuestros empezados hymeneos.
Horm. Munuza, si con fuerza, y rito impío,
puedes llamarte al fin esposo mio,
qué mas quieres de mí? Ya se ha acabado
quanto en mí cabe: y ojala no fuera
jamás nuestro hymeneo comenzado.
Permiteme llorar: si mi hermosura
es contigo qual dices poderosa,
dexame lamentar mi desventura.
Imaginas que poco has conseguido?
Mun. Juzgo, q̃ nada, ò que muy poco ha sido,
mientras no logre ver tu rostro bello
bañado en alegria. Qué? Es posible
q̃ aun no obligó à tu amor la aficion mia?
Que no te he de mirar sin confusiones,
sin lagrimas, suspiros, ni lamentos?
Que no han de tener fin tus sentimientos,
que acrisolan mi amor, y fée? Que nunca
con parpados enjutos he de verte?
Horm. Verás primero mi violenta muerte,
que un agrado: mi Ley no lo permite:
antes al centro infiel me precipite
mi desgracia, que yo dé seña alguna
de no acusar tu arrojo temerario. (trario
Mun. Yo, Hormesinda, juzgué muy al con-
de mi amor verdadero, y tu nobleza.
Juzgué que mas prudente tu belleza
no olvidaria el blasón de agradecida:
sé que de mi piedad es dón tu vida,
y no lo reconoces.
Horm. Ah inhumanos!
que en no matando, imaginais dar vida!
esta es la condicion de los tyranos,
y esta es, Moro, la tuya.
Mun. Yo amoroso
no he podido hacer mas que ser su esposo,
y tú me has despreciado: el gran Mahomà
me es Testigo fiel, que abandonada
mi lealtad, y fée, de estas Regiones
te quise hacer jurar Reyna, y Señora,
poniendo afectuosisimo en tu mano
el Cetro del Calipha Soberano,
quando abatí à pesar de tu fortuna
à tus pies mi sobervia, y media Luna.
Estas son las injurias recibidas
por mí: y en recompensa tú me premias
con no correspondientes galardones.
Horm. No malogres, Alcayde, tus razones
con quien no entender puede su eficacia,
pues no soy yo absoluta: tengo hermano,
y acaso de Gijón ya está cercano.
El sabrá tus razones, y las mias,
y pues en tu bondad tanto confias,
de tus obras espera ciertamente,
que el premio te dará correspondiente.
Vamos, Elvira.
Elv. Sigote, Señora.

SCENA III.

Munuza, y Tulga.

Tulg. Querrás, Señor, desengañarte ahora?
Estás ya satisfecho? No conoces
la indomita sobervia de esta gente?
Despechada, qué dudas que ella intente
sino tu perdicion? No, gran Munuza,
tengas seguridad de tu enemigo,
tu vida la asegura su castigo.
Mun. Yo le prometo, y tal, que asombro sea
de mugeres ingratas à la dicha,
que en ellas Alá Santo en vano emplea.
Tulg. Y aun si evitar pretendes tu ruína,
fuerza es que muera, y tu rigor se abona,
pues muger ofendida no perdona.
No advertiste quán fiera, y confiada
pone las esperanzas en su hermano?
No te he dicho mil veces que es en vano
con la santa piedad rogar à gentes
que ponen en las armas su fortuna?
Menguará la triumphante media Luna
si olvidas el rigor, y sino arrancas

de raiz la femilla aqui efcondida
en la fragofidad de eftas montañas. (ñas.
Mun. Nuevo afombro he de fer de las Efpa-
Tulg. La reconciliacion jamás efperes
con ellos, pues fu ley fe lo prohibe.
Rencor eterno en fus entrañas vive,
y yo fiempre juzgué por fofpechofa
la condicion altiva de Pelayo.
Mun. Defde q̃ en campos de Xeréz fue rayo
deftrozando las huefte Africanas,
no fé con qual horror, con qual afombro
contemplo fu femblante; me parece
que algun terrible fin me vaticina:
mas yo pondré por obra fu ruína
fegun hemos tratado: ya, qual dixe,
por la poftrera vez la he fuplicado,
y al ver tanto defdén, el amor mio
en aborrecimiento fe ha trocado.
Tulg. A eftas gentes irrita la clemencia
en lugar de obligarlas: no prefumen
que cumplen con fu ley, fino aborrecen
con mortal ódio à quantos Agarenos
figuen el Alcorán de tu Profeta.
Jamás entre ellos fin defprecio, y rabias,
efcandalo, y horror, tu nombre fuena.
No prefumas que ignore ya Pelayo
quanto ha pafado: acafo la venganza
viene fobervio ya premeditando.
Mun. Y qué aprovechará fu atrevimiento
contra el poder de la Africa, que rijo
como Gobernador de eftas Regiones?
Vive Alá facrofanto, que al momento
que llegue, ha de fufrir violenta muerte
à los agudos filos de mi alfange.
Ni imagine tampoco que no alcance
à fu hermana ingratiffima mi furia.
No blafonará, indemne de la injuria
que hizo en mí à toda la nacion Alarbe:
Tulga, por mas horrible, por mas grave
que el lance llegue à fer, tendrás aliento
de apoyar mis vaftifimas ideas?
Tulg. Efpero, gran Munuza, que aun no creas
lo que obrar me verás: tan grandes cofas
de mi altivéz, y efpiritu prometo:
pues ya previne las fingidas letras,
de lo qual foy Artifice excelente.
Moftrando unos papeles.
Mun. Pues yo à difponer voy, q̃ con fecreto
mis ordenes fe cumplan.
Tulg. Me es muy facil
faber el corazon de los Chriftianos,
pues aunque abandoné fus ritos vanos,
les ha mi fiel aftucia perfuadido
que folo foy Apoftata fingido,
por penetrar la mente del Calipha,
y à fu intento fervir con el fecreto.
Mun. Premiaré con los brazos de Xaripha
tu lealtad: Yo, yo te lo prometo.

SCENA IV.

Tulga, y Trafamundo.

Traf. Si como dices, Tulga, fon tan fanas
tus internas ocultas intenciones,
recibe el parabien: Ya à eftas Regiones
el Cielo nos conduxo al gran Pelayo. (yo,
Como quien vuelve de un mortal defma-
los miferos Chriftianos foragidos
recobran los efpiritus perdidos
folo en ver à fu Principe.
Tulg. Y es cierto
que Pelayo de Cordova ya ha vuelto?
Traf. Pues qué no lo acredita mi alegria?
No te lo dice el corazon, que viene
quien nos ha de librar de tyranía?
No te alegras que al fin haya venido?
Tulg. Noticia para mí guftofa ha fido;
mas dilatar no puede mi fineza
el ir à faludarle. Trafamundo,
permiteme ir à ver à nueftro Infante.

SCENA V.

Trafamundo, y Gaudiofa.

Gaud. Cofa notable ha fido, que al inftante
Pelayo echó de menos à fu hermana.
Traf. No lo eftraño, Gaudiofa, pues la fangre
avifa al corazon: Qué cortefana,
y dulcemente habló! Pero aqui viene.
Mira, hija mia, al joven valerofo,
reftaurador infigne de fu Patria,
que el Cielo deftinó para tu efpofo:
haz reverencia al Principe de Efpaña.

Pe-

SCENA VI.

Pelayo, Ferrandez, y dichos.

Pel. Mi admiracion, Ferrandez, no es estraña.
Ferr. Aún no sabrá Hormesinda que has venido.
Tras. Nuestro muerto placer ha revivido
con tu presencia: ya las esperanzas
de libertad renacen: qué tardanzas
tan largas nos privaron de tu vista?
Gaud. Desde antes de la barbara conquista,
no lograron mis ojos el consuelo
de mirar tu semblante.
Pel. Sabe el Cielo
quán importunamente le he rogado;
pero ay de mí, Princesa! quán distintos
están los tiempos! Quánto yo he pasado
hasta llegar à conseguir el verte!
Gaud. De nuestra adversa desgraciada suerte
cuentame los sucesos lastimosos,
pues no te puedo oír otras razones,
y te hallaste presente: dí, Pelayo,
de aquella pertináz batalla horrenda
el conflicto, la angustia, y el desmayo.
Refiereme quán barbaras Naciones
acaudillaba el arrogante Muza.
Quién fue aquel q̃ empezó la escaramuza,
y el primero rompió nuestras legiones?
Con qué armas Alcamán resplandecia?
Cómo eran los caballos que trahía
de Arabia, y Persia el Humaní sangriento?
Quien fue Olit? Quán robusto, y corpulento
era el Caudillo? Cómo gobernaba
las inmensas Phalanges que mandaba?
Relatame, por fin, quantos estragos,
quantos horrores, quantos homicidios
haya hecho sin piedad con mano impía
por castigo del Cielo acá embiado,
Tarif, sobervio, y barbaro Soldado.
Pel. Por qué me mandas q̃ renueve el triste,
lamentable dolor de aquella Historia,
que sirve de martyrio à la memoria;
pues tú lo sabes, y lo sabe el mundo?
Ni quien podrá sin lagrimas amargas
referirte, Princesa, la agonía,
y el lamentable estrago de aquel dia?
La piedad, y el horror confusamente
retiran de mi lengua las palabras:
Ni es posible tampoco que yo cuente
tanta calamidad, asombro tanto.
Vieras alli mezclarse con espanto
los unos, y los otros, confundiendo
armas, y insignias con atróz desorden,
y en infernales coleras ardiendo.
Alli en sangriento estrago se miraban
mil lastimas, mil generos de muertes:
Alli los mas robustos, y mas fuertes,
en tierra con furor se revolcaban.
Siete veces el Sol, siete la Luna,
sin cesar admiraron el combate
de que pendió el aumento, ò el remate
de la Africana, y Gotica fortuna;
hasta que (ay Cielos!) al octavo dia,
O dia triste! O lugubre, funesto,
indigno de la luz del Sol divina!
Quién bastará con lagrimas, y voces
à ponderar el horroroso estrago
de aquel dia inferíz, y desastrado,
que ojala nunca entre los otros cuenten,
y perezca en olvido sepultado,
pues en él solo se amancilló toda
la altivéz, presuncion, y pompa Goda!
Al dia octavo: O Cielo! O suerte impía!
Me horrorizo diciendolo: O amada
Patria infelíz! O España desgraciada!
O gloria Goda! O generacion fuerte
de temidos varones! O Rodrigo!
O amor impuro, origen del castigo!
O antigua Religion! O culto santo!
No puedo referirlo sin que el llanto
confunda mis acentos: El infame
traydor Julian Apostata, y los hijos
del lascivo VVitiza, y el Prelado,
que entregó al voráz lobo el fiel ganado,
pasaronse al contrario. Desde entonces
fue la ruína total de los Christianos:
en montes transformandose los llanos,
de acinados cadaveres son pira.
Murió alli Atanagildo por la ira
del furioso Alboál: murió Ildefonso
al rigor de Muley: mi primo Andeca
el anima exaló por el impulso
de la diestra fatal del vil Audalla.

O al-

O almas nobles! que en esta cruel batalla,
no al valor, sino al numero cedisteis,
mi desesperacion, y arrojo visteis:
No vivo de cobarde: sed testigos
de que no evité el riesgo mas urgente.
No sé si fue cruel, ò fue clemente
conmigo el Cielo: entonces no le plugo
llevar mi vida: quiso que yo solo
quedase por testigo del sangriento
destrozo lamentable de mi Patria.
Me abalancé mil veces con intento
de morir, ni temblaba aunque mil veces
contra mi pecho viese ya enrristrada
la lanza del Tarif ensangrentada.
Mas tú preguntarás, quál haya sido
el suceso del Rey: en tanto tiempo
como duró el combate, ni podido
verle yo habia: al fin se me presenta
casi al morir la luz del postrer dia.
Pero ah Cielos! qué horrible, y demudado!
Ay de mí qual estaba! y quán trocado
de aquel Rodrigo, à quien Toledo Augusta
vió en las fiestas de galas adornado!
La faz terrible, pálida, y adusta,
todo sangriento, y del sudor, y el polvo,
y heridas, con horror desfigurado.
La barba hierta, sucio, y erizado
tenia el cabello, que empapado en sangre,
agena, y propia en hilos destilaba.
Lloroso, triste, acongojado estaba
con el manto Real todo rasgado,
y la Corona ya no la tenia.
Del Carro de marfil saltado habia,
porque grandes montones de difuntos
el curso de las ruedas impedian,
y con largos gemidos, y profundos
tristisimos suspiros, sollozando
dice: O Pelayo! todo lo perdimos:
fuimos un tiempo Godos, y vencimos:
fue Toledo, fue España, fue Rodrigo;
mas Dios de mi lascivia por castigo
contra mí levantó quantas Naciones
la media Luna, en Africa, y en Asia
tremolan en sus barbaros Pendones.
A Damasco de Syria, y à la Arabia
el Gotico poder ha trasladado.
Huye, hijo de Favila, que encargado
te dexo el Reyno: tú eres la esperanza
de nuestra Religion, que yo he perdido;
mas voy por mi castigo merecido,
pues injusto violé las Sacras leyes,
y en mi infortunio escarmentad, ò Reyes!
Dixo, y viendo à Tarif quan orgulloso,
con homicidios mil, iba insolente
gritando furibundo, à grandes voces,
dando aliento à sus barbaros Soldados,
para mas no volver ante mis ojos,
à matarle, ò morir determinado:
por el tropél de las confusas armas
batió el hijár à Orelia su caballo,
y se arroja al contrario, poderoso,
audáz, desesperado, y espantoso.
Yá à todas partes que me vuelvo, veo
mezclarse con mil llantos la ruína
del vando fiel, y el barbaro troféo.
Por el campo tendidos se veían
cuerpos de Capitanes, de Magnates
despedazados, y sangrientos bustos,
cadaveres de jovenes robustos.
Guadalete en sus ondas revolvia
turbio ya con la sangre, los Penachos,
los Caballos, y Escudos de Varones.
Ya el furor de las Arabes legiones,
roto el Campo, el Monarca fugitivo,
cebada el ansia en su riqueza inmensa,
tenia por el suelo destrozadas
las Tiendas de Rodrigo saqueadas.
Pero porqué en contarte me detengo
el suceso fatál? La gente Goda,
que la Roca Tarpeya humilló un tiempo
La que invencible sojuzgó, poniendo
coyunda à la cervíz del Capitolio,
cayò abatida: fue el honor perdido:
la Patria à esclavitud se ha reducido,
con mortandad horrible de sus fuertes
hijos amados: la Religion Santa,
que nuestros padres con fervor, y tanta
veneracion siguieron tantos años,
todo violado fue por los estraños.
Y asi lloran sus hijos profanados
los Templos Sacrosantos: los Altares,
y los Vasos Divinos ultrajados:
violadas las purezas virginales,
y la Nacion cautiva, y aherrojada
en poder mas sacrilego, y tyrano,
(sin

(sin que Dios ofendido se lo estorve)
de la Nacion mas barbara del Orbe.
Todo, al fin, se perdió:::Pero qué es esto?
Princesa te enterneces? Y vosotros
sentís tambien el pecho lastimado?

Tras. De qué generacion será engendrado,
de quál Osa fierisima nacido,
qualquiera que no se haya enternecido
habiendo nuestra lastima escuchado?

Ferr. Yo estoy absorto, y todo conturbado.

Gaud. No puedo mas con mi dolor: O Patria!
O antigua libertad! O Rito santo!
dexadme retirar porque yo sola
la rienda suelte amargamente al llanto.

SCENA VII.

Pelayo, Trasamundo, y Ferrandez.

Tras. Si aqui finalizára el desconsuelo,
fuera el daño menor: Pero ah Pelayo!
que aún hay mas grande mal.

Pel. Señor, qué dices?

Ferr. Mayor mal, Trasamundo, es imposible.

Pel. Que aún tiene fuerzas el rigor del hado!

Tras. Ese gran corazon acostumbrado
prevenle para el golpe mas horrible,
que acaso nunca habrás imaginado.

Pel. Si el haberse mi hermana retirado
de mi presencia, à tiempo que yo vengo,
es indicio fatál: ya me prevengo
à morir de dolor: mi vida acabe
al barbaro rigor de mal tan grave:
Dí, Trasamundo, que te oyré constante.

Tras. Hay cosas que es preciso dilatarlas,
y así perdona mi silencio, Infante,
que el respeto, y la afrenta me acobardan.
La causa de este mal, Munuza, sabe:
de él te importa saberlo: mejor puede
que ninguno informarte.

Pel. Santos Cielos!
qué mas quereis de mí? No me bastaba
ver lo visto, llorar lo que he llorado;
sino que quando al Puerto ya he llegado
juzgando hallar bonanza fugitivo
de la mar borrascosa, y turbulenta,
encuentro aqui mas braba la tormenta!

ACTO II.

SCENA I.

Pelayo, y Ferrandez.

Ferr. No te entregues, Pelayo, al sentimiento
con tal obstinacion: nuestro contento
estriva solo en tí: tu rostro miran
los miseros Christianos, que suspiran
en vil esclavitud, y si afligido
te imaginan, su zelo, su esperanza,
y todo su valor está perdido.

Pel. Si con la muerte el mal que me amenaza
pudiera remediar, dichosa suerte
fuera la mia en conseguir la muerte.

Ferr. Munuza de su gente acompañado
viene ácia este lugar: el retirarte
discurro que será mas acertado.
No sin la pompa, y tren correspondientes
de dádivas, esclavos, y presentes
llegues à su presencia: mucho abona
la ostentacion, y fausto à la persona.

SCENA II.

Ferrandez, Munuza, Tulga, y Zulema.

Ferr. Pelayo, mi Señor, de su Embaxada
acaba de llegar, y la licencia
aguarda de ponerse en tu presencia.

Mun. No solo à mi permiso, à mi deseo
Pelayo es acrehedor: dí, que impaciente
el rato viviré que no le veo.

Ferr. Vendrá à gozar tal dicha prestamente.

SCENA III.

Munuza, Tulga, y Zulema.

Mun. Ah! cómo sus freneticos intentos
le atajaré yo pronto! Ah! quán ufano
le abatiré los altos pensamientos!

Zul. Todo quanto emprendieres, gran Munuza,
será à tu valor facil: mi persona
tus ordenes aguarda solamente
para que al vil Christiano, al insolente
necio despreciador de la fortuna
dé à entender, que à la Cruz de su Profeta

del nueſtro humillará la media Luna.
Mun. Su extermino fatál he decretado.
Zul. La beldad que Pelayo ha deſtinado
para ſu eſpoſa, ocupará mi lecho,
de todos los Chriſtianos à deſpecho,
ſi me ayuda el poder del gran Mahoma.
Mi corazon terrible ſolo doma
ſu viſta ſoberana, deſde el punto
que acaudillando la valiente Tropa,
que el ſagrado Alcorán à fuerza de armas
introduxo en los terminos de Europa,
ſu Palacio abraſé, que en las montañas
pueſtas al Septentrion de las Eſpañas
era defenſa à foragida gente;
pero ah Cielos! y quan mas vorazmente
mi pecho ſe abraſó con ſu hermoſura!
Mun. Zulema, el lograr de ella te aſegura
el ſuceſo felíz, que pronto eſpero.
Tulg. Si el parecer admites, que te ha dado
tu mas fiel, y ſumiſo conſejero,
preſto, Munuza, te verás vengado.
Mun. Su exterminio fatál he decretado:
el diſimulo importa ſolamente.

SCENA IV.

Pelayo, con varios preſentes. Munuza, Zulema, Ferrandez, Tulga, y acompañamiento de Moros, y Chriſtianos.

Pel. Gracias, Señor, al ſumo Omnipotente,
que ſalvo à tu preſencia me conduxo.
Mun. Pelayo, Alá te ſalve: no reuſes
admitir ſino los eſtrechos lazos
con que te brindan mis amantes brazos.
Pel. En ellos ſe confirme la firmeza
de nueſtra amiſtad fiel, de la alianza,
y confederacion eſtablecida
entre noſotros. Alahor, que el mando
eſtá en nombre de Ulit exercitando,
por ſubſtituto ſuyo en las Eſpañas
ſalud, y paz de Cordova te embia.
Mun. A Alahor, y à Pelayo la fée mia
ſiempre agradecerá lo que es debido.
Pel. Pequeña mueſtra de ſu amor ha ſido
la fineza que ves: con ſer tan gtande
es menor que ſu afecto.
Mun. La fineza
mayor que pudo hacerme, fue embiarme
un amigo tan fiel, que tanto eſtimo.
Pero ah Cielo! Por qué no permitiſte
que reciba à Palayo menos triſte!
Pel. Qué te altera, Munuza? Qué? Imaginas
que acaſo han blandamente afeminado
las delicias de Cordova mi pecho?
De nueſtra amiſtad firme el nudo eſtrecho
aflojas, ſino rompes, acuſando
mi falta de valor con tu triſteza.
La pena mas horrible, la fiereza
de todos los abyſmos conjurados,
en vano aſaltarán mi pecho heroyco
à poder de trabajos inflexible.
Mun. Sé tu valor, tu eſpiritu invencible,
y tu ſangre real: eſo me aníma
à no eſcuſarte el golpe mas horrible
que imaginado habrás: no lo fiára
de menor corazon, aunque importára
mas, ſi poſible fuera, ni à otro alguno,
aunque igual amiſtad con él tuviera.
Pel. No me tengas ſuſpenſo, ni impaciente.
Mun. Tulga, Zulema, retirad la gente,
y todos deſpejad.
Pel. Ferrandez, pronto
mandalos apartar.

SCENA V.

Munuza, y Pelayo.

Mun. Eſtamos ſolos?
Pel. Segun parece nadie nos eſcucha.
Mun. Verás ſi de tu mal la cauſa es mucha;
pero es tal, ò Pelayo! que recelo
que mi verdad peligre en tus oídos,
pues no parecen tal, ſino fingidos
por maligna traícion de amigo falſo
los ſuceſos que oyrás, ſin valor tienes
de eſcuchar una infamia tan horrenda.
Pel. Una infamia! Qué es eſto! Tan tremenda
es mi ſuerte, que aun juzgas que me falta
conſtancia para oírla! Que es poſible
que no me faltó el animo, aunque vieſe
el ultimo conflicto de mi Patria!
Que he viſto con aliento no turbado
mi ſangre derramar! Que vi mi eſtado
con fuego arder: mis gentes degolladas
Cautivos los Chriſtianos infelices:
Las

Las Basilicas santas profanadas,
y nunca me faltó valor heroyco;
y aun de mí dudas? Cómo tanto tarda
siendo tan grande el daño q̃ me aguarda?
Mun. Pues, gran Pelayo, no de alevosía
quiero que acuses tu la amistad mia,
que lo fuera muy grande mi silencio:
Tu persona, y estirpe reverencio,
y no es bien q̃ un borron en tí consienta.
Hormesinda, tu hermana, poco atenta
al decoro, y blasón de su prosapia,
que à costa de peligros tu mantienes,
fragil como muger, de los desdenes
no se armó, qual debiera: esto fue causa
de que (tu honor manchando) cometiese
el mas torpe, y mas vil de los deslices.
Pel. Tente, Munuza barbaro, qué dices?
Mun. Conocerás las firmas de tu hermana?
pues por ellas sabrás....
Pel. Será posible!....
Mi hermana infiel! Qué horror! Qué dices Moro?
Mun. Me estremezco al decirtelo: Confieso
que es noticia cruél; pero por eso
te la dice un amigo.
Pel. Cielo Santo!
mucho mal esperaba; mas no tanto.
Para esto de las armas espantosas
tu piedad me libró? Para este golpe
conservaste mi vida? O quánto fuera
mejor morir en la batalla fiera,
que no ver mi deshonra! O Dios eterno,
porque no fue à Pelayo permitido
quedar en Campos de Xeréz tendido,
donde tantos Varones eminentes
murieron por la Patria: donde yace
en flor el hermosisimo Leandro,
Theodoro, y Ranimiro, y los valientes
Iñigo, y Sancho! O! Jarafin sobervio,
el mas cruel del Exercito Africano,
por qué no exalé esta ánima mezquina
al rigor de tu invicta, y diestra mano?
O por qué no despedazó mi cuerpo
quando con filo agudo, y radiante
tantos Christianos miseros desgarra
de Tarif la espantosa cimitarra?
O la tuya, Alboâl, Capitan bravo
de los fuertes Maliques Alabeces?
O! bienaventurados muchas veces
los que alli fenecieron trastornados
de las sangrientas turbulentas ondas
del Guadalete, que llevó con saña
tanto cuerpo difunto al mar de España!
Mun. Pelayo, à tus promesas corresponden
esos estremos mal: no blasonabas
de corazon de porfido invencible?
Pel. Quién pensára que pena tan horrible
me hubiese de asaltar? la muerte fiera,
de barbaros tormentos motivada,
es lo que yo no temo: horror mas grande,
si acaso puede haberle, despreciaba;
pero tanto dolor no imaginaba,
ni à mi nobleza obliga el sufrimiento.
Mas cómo sin vengarme ni un momento
puedo vivir? Pero, Munuza, dime:
Es posible, que es cierto, que no hay duda,
que no te has engañado, que evidente
es quanto de Hormesinda me has cõtado?
Mun. Es el suceso tal, que yo no en vano
de mi verdad juzgué que dudarias:
Pero dime, Pelayo, te confias
de la fiel amistad que te profeso?
Pel. Sé tu amistad, y mi desgracia, y eso
me confirma en mi mal: Qué pena fuera
la que à mi corazon no acometiera?
Quál dolor me faltó para acabarme?
Mun. Aunque para contigo acreditarme
no necesito apoyo, es buen testigo
de mi verdad, Zulema.
Pel. Qué? Zulema
tambien lo sabe ya? Que tan estrema
es mi infelicidad, que aun el consuelo
de ser oculta me ha negado el Cielo!
Y qué infame he de ser publicamente!
Mun. Conozco tu razon: no me consiente
mi amistad verte con serenos ojos.
Verás las firmas, de mi fé testigos,
y Alá Santo dirija tu venganza.

SCENA VI.

Pelayo, y Ferrandez.

Ferr. Y à tu infiel pecho el hierro de mi lanza. *ap.*
Pel. Qué es lo q̃ me sucede! Acaso el Cielo
conjuró contra mi todos los males

para rendir mi pecho solamente!
Tan grande es mi sobervia! Tan valiente
contra el Cielo mi espiritu he mostrado,
que tanto en abatirle se ha empeñado!
Qué no basta un dolor para rendirme!
Qué tantos han de ser, y los mayores!
Mas cómo inutilmente mis furores
al ayre desperdicio? Cómo tengo valor
para mirarme? Cómo un punto
vivo afrentado? Quien me ofende muera. *quiere irse.*

Ferr. Señor, adónde vas?

Pel. El que no quiera
conmigo de leal perder el nombre,
no me detenga.

Ferr. Dexa que me asombre
de tal resolucion, y en premio solo
de mis servicios, la intencion merezca
de escucharme un instante.

Pel. Cómo ignoras
la causa de mi mal, y es imposible
quepa en mi boca, aunq. en mi pecho cabe,
me intentas detener, si lo supieras
de cobarde à mi brazo reprendieras.

Ferr. Ningun dólo, ninguna alevosía
por Munuza, y los suyos fabricada,
de mi noticia huyó.

Pel. Cómo en Munuza
caber puede traicion, ni en mi consuelo?

Ferr. Señor, si escuchas, apiadado el Cielo
quizá abrirá camino.

Pel. Qué camino
sin matar, ò morir ha de encontrarse?

Ferr. Mas quál obligacion mandó fiarse
de un infiel tan del todo?

Pel. No equivoques
las cosas malicioso: no los ritos,
no la contraria Religion al hombre
con el otro hombre à ser infiel obliga,
ni impide que la ley cada qual siga,
que halló en su educacion, ò su destino,
(arcano que venero, y no examino)
para que el pecho, à quien razon gobierna,
sensible à la amistad, al fin humano,
corresponda, à pesar del dogma vano.

Ferr. Si el pensamiento noble, y generoso,
que adorna la grande alma de Pelayo,
se difundiera en todos igualmente,
pensáras sin error.

Pel. No has escuchado,
que el mismo Trasamundo, q̃ encargado
de Hormesinda quedó, tembló al decirme
su culpa? Aun quãdo fuese aleve el Moro,
tambien será el Christiano delinquente.

Ferr. Cielos! qué confusion!

Pel. No me consiente
mi impaciencia esperar::: Pero qué miro!
Qué asombro! Qué furor! Cómo mi hermana
se atreve sin honor... ? Por que liviana
à buscar mi presencia?

Ferr. Gran Pelayo,
esperanza, y blasón de nuestra gente;
si eres heroyco, si qual firme rayo
de Luz, de Cindasuintho, y Racaredo,
la ilustre sangre enardeció tu pecho,
dame palabra de escuchar templado
la razon de Hormesinda, ò de tu planta
no me levantaré.

Pel. Desconfiado
prometo la atencion; mas no es posible

SCENA VII.

Hormesinda, Elvira, y dichos.

Elv. Llega, Señora.

Horm. Ay qué dolor terrible
me oprime el corazon! De la congoja
desfallezco temblando: soy de hielo.

Pel. Su delito la aumenta el desconsuelo

Ferr. No es delito el rubor.

Horm. Señor::: Hermano:::
Qué digo? Ay infeliz!

Pel. En vano, en vano
me apellidas con nombre que aborrezco

Horm. Ay Cielos! Qué es de mi! Qué merezco
ni atencion, ni piedad? Qué es esto? Cómo
los ojos vuelves con ayrado rostro?
Hermano! O dulce hermano! (*men*

Pel. Infiel hermana.

Horm. Qué nueva ansia! Quál barbaro to
de nuevo me acomete! Quando aliento
de mi hermano me dió la confianza,
hallo este alivio! Es esta la esperanza
que en tí fundé, Pelayo?

Pel. Qué mas quieres
que ver que con indigna tolerancia,
viendote sin honor, mire primero
tus lagrimas fingidas, que tu sangre?
Pero remedíe el vengador acero
mi tardanza, y tu culpa.

Elv. Cielo Santo!

Horm. Ay de mí!

Ferr. Tén la colera, y la espada
por mí, por ella, y la palabra dada.

Pel. Pues ya que de leal, ò de imprudente
me intentas detener, recto Juez quiero
su descargo escuchar: nunca se cuente
que huvo Juez sordo: ni la mas violenta
pasion obste al que aspira à justiciero.
Mas qué disculpa (ò Cielos!) dar intenta?
Cómo es posible hallarla? O si la hallára!
Qué feliz fuera yo! Pero son vanos
inutiles deseos. Dí infelice,
desgraciada muger, q̃ hermana es nombre
que se estremece el labio, si lo dice,
Dí: son estos los frutos de tan grandes
trabajos por la Patria tolerados?
Son estos los laureles deshojados
sobre nuestra prosapia generosa?
Es posible que es esa tu alevosa
sangre, sang e del justo Racaredo?
Qué en medio de la colera espantosa
que oprime à tu Nacion, tú iniqua puedas
mirar su ruína con enjutos ojos?
Qué no tiembles de horror viendo despo- (jos
de la muerte à los tuyos? Qué à Isidoro,
tu joven primo, en piezas dividieron?
Murió gritando el bravo Theudiselo
del estrivo arrastrando, y su caballo
le lleva rebolcandose en el suelo.
Qué :::

Ferr. Escuchala Señor. *deteniendole.*

Elv. Piedad, Infante.

Pel. Quál puede ser satisfaccion bastante
de crimen tan horrendo? Así mantienes
el honor de tu estirpe, que sostengo
à precio de mi sangre, y de mi vida?
Para esto ver de Cordova yo he vuelto,
y Abdalasis mi cuello ha perdonado?
Qué en poco tiempo que falté à tu lado
mas perdiste, que en tantos infortunios
con inmensas fatigas yo he ganado?
O ley barbara injusta! O imprudente
Legislador, que promulgó primero
la ley cruel, que el credito, y la fama,
por la virtud mil siglos conservados
pendan de los volub es pareceres
de la fragilidad de las mugeres!
Mas no pudo embotar con fieros hados
la punta à las durisimas espadas.

Horm. Hermano:: Ay de mí triste! Infante:: Hermano.
Yo:: sí:: Qué horror! No hay culpa:: Quién pensára:::
Esto esperé:: Este apoyo. Amparo vano...
Triumphará mi enemigo:: Augustia rara...
Despues de mis desdichas:: Esto solo
faltaba à mi dolor:: Desamparada,
y ofendida:: O rigor! A quién los ojos
funestos volveré? Ya, ya el aliento
me falta, y yo tambien muero.
Cae desmayada.

Ferr. Al momento
socorred à la Infanta.

Elv. Ay Dios! Ay triste! *retiranla.*

Pel. Sufrirlo puedo apenas; pero viste
qual la puso en el ultimo conflicto
solamente el horror de su delito?
Son Munuza, Zulema, ni los Moros
los que lo dicen solos? Trasamundo,
y ella misma, que es mas, no lo publíca
con la propia afliccion de su deshonra?
Qué suplicio mas fiero à un delinquente
habrá, que hacerle su maldad presente?
Y habrá quien se oponga à su castigo?

Ferr. Yo, Señor, te suplico:::

Pel. Qué enemigo
aun serás de mi honor, y mi reposo;
Qué mas indicio quieres?

SCENA VIII.

Trasamundo, y dichos.

Tras. Valeroso
Principe nuestro: pues la ocasion llega
no la malogre, ni vengar dilates
la afrenta de tu hermana. Fue el suceso:::

Pel. Cielos! Otro dolor? Señor, no trates
tan funestos asuntos: la sangrienta
venganza que yo tome, te asegure

de que eftoy ya informado de mi afrenta:
no tú me lo renueves.

Traf. Informado
eftás, y con verdad?

Pel. Ya nada ignoro.

Traf. De lengua fiel?

Pel. El gran Dios que yo adoro
dirijirá mi brazo.

Traf. Y te parece
que hice bien en callartela?

Pel. Merece
tu lealtad mil premios.

Traf. Se creyera
delito tan atróz, y abominable?

Pel. Tan folo contra mí pofible fuera.

Tra. Qué dirá el mundo? O crimen execrable!

Pel. Verás oy mi venganza.

Traf. Mis confejos,
mis fuerzas, aunque débiles, mis gentes,
eftamos à tal Principe obedientes.
Y oy ha de fer?

Pel. Los ultimos reflexos
no verémos del Sol, fin que yo fiero
la venganza execute, jufticiero.

Traf. Difpon de nueftros bienes, y las vidas,
que ya fon tuyas: un defeo ardiente
reyna en nofotros de mirar cumplidas
tus venganzas, y verte fatisfecho.

Ferr. Solo la confufion reyna en mi pecho.

ACTO III.

SCENA I.

Salen Pelayo, Gaudiofa, Trafamundo, y Ferrandez.

Gaud. Es pofible, Señor, que la fortuna
nos mire tan adverfa, que vencidos
peligros tan inmenfos, parecia
que fuefe à amanecer un claro dia, (dos?
y en nuevo horror nos vemos fumergi-
Que apenas los Altares fe ocultaban,
quemado el fanto incienfo, que ofrecia
por tu llegada, quando ya fus iras
parece que el Abifmo ha conjurado
contra nofotros!

Pel. Al corazon fuerte,
Princefa, afi los Cielos han querido,
y afi porque le quieren le acrifolan.
No fuera yo de tu grandeza digno
con menos fieros males agitado.
Aqui te ofrezco un pecho acoftumbrado
à mas terribles penas que la muerte;
y ojalá que à tus plantas ofrecerte
pudiera, como yo penfé algun dia,
los Reynos de los Godos eftendidos
defde la ardiente Libia hafta Narbona.

Gaud. Tan folo à tu virtud, no à la Corona,
Señor, afpiro en tí: de mi amor cafto
no fon precio los Cetros de los Godos,
ni el Imperio Oriental: fi dable fuera
que yo tus infortunios no fintiera,
la ocafion celebrára, que ya tengo
de moftrar que es à tí, no al podério,
ni à la Purpura facra el amor mio.

Pel. Bafta, Princefa: O quién fe hallára *ahora*
digno de tales voces! Mi defgracia
aún no es de tan gran bien merecedora.

Vafe Gaudiofa.

Traf. Los Aftures, y Cantabros famofos,
(Pueblo indomable, efcandalo de Roma)
à inclinar la cerviz poco enfeñados,
con tardía cadèna mal atados,
bufcan tus pies humildes, todos claman
por fu Señor, por todos fus ancianos
la Religion, la vida, las haciendas,
y el alma depofitan en tus manos.

Pel. Gran Principio ha de fer à las hazañas
de la reftauracion de las Efpañas
mi venganza primero: en efte dia
diles que admitiré la grande ofrenda
defpues que vengue yo la afrenta mia.

Traf. Corto efpacio imagino al grande in-
tento.

Pel. Sobra à mi pundonor, fobra à mi aliento.

Tr. No defapruebo el noble ardor; mas dudo
de la celeridad.

Pel. Señor, no dudes,
ni pienfes que la vida confidero
mas que como caftigo de mi afrenta,
mientras vive el culpado impunemente.
Ni imagine Gaudiofa, que yo intente
ofrecerla (qué horror!) mi enjuta mano
no humecida con aleve fangre.

Traf. Yo admito efe contrato, sí, y lo juro.

Qué

Qué grande alma! Qué heroyco! Cielo
y Vos, Inteligencias Celestiales! (Santo!
en cuya proteccion espera España,
vuestra piedad venero: tan del todo
no aniquilasteis el aliento Godo,
quando en medio de tales infortunios
conservais, à pesar del Moro ardiente,
juventud tan heroyca, y tan valiente!
Vive dichoso, ò joven! Quién pudiera
seguirte con mas firme, y velóz planta
como en la edad pasada! Quando al Moro,
que ya está à mis heridas enseñado,
le hice volver al Africa gimiendo,
y el estrecho cogué con sus Navios,
caliente con su sangre, y al Rey Vamba
presenté de Bucefa el rico alfange.
O quién tuviera aquel antiguo brio,
la juventud gallarda, y floreciente
de aquel tiempo! O q̃ tiempo tan dichoso!
Quando contra Hilderico sedicioso
el justo Vamba al falso Conde Paulo
embió à las Galias, y el aleve Conde
amotinó el Exercito: en persona
fue el Rey à castigarle, y yo à su lado,
y el piadoso Monarca solamente
se limitó à quitarle el Talabarte,
que à mí me puso con sus propias manos,
el mismo que del hombro está pendiente.
Veisle aqui, y las insignias, y el Escudo
de su perfido Dueño: en dias solo
como éste en que Pelayo à vernos vuelve
le uso, al cuidado de esta mi Gaudiosa.
Con él la vez postrera (ó dolorosa
memoria!) fui à ver al Rey Rodrigo,
que no le he visto mas: Qué lozanía
mostraba yo con él en algun tiempo!
A Pelayo en un todo parecia:
asi marchaba, y me planté à ese modo:
asi sobre las armas descansaba
quando alguno me habló. Mas qué simplezas
digo? Perdona, Infante, à un triste anciano,
que es este nuestro genio.

Pel. No lo sano
del discurso me aparta: otros asuntos
me retiran, Señor, de tu presencia.

SCENA II.

Ferrandez, y Trasamundo.

Ferr. Trasamundo, à tu zelo, y tu prudencia
toca evitar gran mal: sin duda alguna.
Mucho engaño padece nuestro Infante;
yo procuré advertirle, y no me escucha.
Tus canas: tu consejo:::

Tras. Ni mis canas,
ni mi consejo faltan à Pelayo.
Sé bien tu lealtad, sé bien tus sanas
intenciones, por eso te haces digno
de que yo no calle una advertencia.
De los Principes siempre reverencia
los muy altos designios q̃ emprendieron.
Menos daño los Godos padecieron
quando en los baños de Toledo holgaba
Rodrigo con la Cava, y sus amores.
Del Cielo los Decretos superiores
le hubieran castigado à él solamente.
Un Vasallo usurpó la accion del Cielo;
pues castigar al Rey toca à Dios solo;
y asi han llovido indiferentemente
desdichas sobre todos, aun mayores
que el daño à quien se dió venganza horrenda;
y siendo asi esto, hoy que venera España
tal Padre de la Patria, Rey tan justo,
de corazon invicto no domado,
en las duras batallas enseñado,
esperanza, y delicias de los suyos:
con quál extremo agradecer debemos,
un bien tan grande, y tan divino al Cielo,
que le costó cuidado el escogerle?

Ferr. Tu dictamen, Señor, de mi fiel zelo
nada dista.

Tras. Lo sé.

Ferr. Pero advertencias
con el debido obsequio no repugnan
à un Vasallo leal. Pelayo piensa:::

SCENA III.

Elvira, y Ferrandez.

Elv. Quién dará à mi Señora la defensa
que su desgracia necesita?

Ferr. El Cielo

no ignora mi cuidado, y mi desvelo.
Si otro medio no es dable, en desafio
defenderé à Hormesinda, y su pureza.
De una asta penderá la infiel cabeza,
y el morado albornóz de cifras lleno
bordadas por su Mora, haré se rinda
por alfombra al Estado de Hormesinda.
Elv. La suerte aun ese alivio ha de negarte.

SCENA IV.

Elvira, y Tulga.

Tulg. Munuza mi Señor, ácia esta parte
pensativo parece se retira,
quizá le aquexa algun gran mal, Elvira,
será en tí urbanidad el retirarte.
Elv. No me es desagradable huir su vista.

SCENA V.

Munuza, y Tulga.

Tulg. No está finalizada la conquista
de la Iberia, Señor, de tus piedades,
quién creyera ser hijas este dia
la infiel obstinacion, y rebeldía?
Mun. No sé con eso que decirme intentas.
Tulg. Gran Munuza, las prontas, y violenta
execuciones en rebelde gente,
aseguran el Cetro solamente.
El inconsiderado atrevimiento
del vil Pueblo, un catastrophe sangriento
le reprime tan solo, y y insolencia
la excesiva piedad causa al cobarde,
pues juzga la piedad por cobardía.
De estos viles Esclavos quien diria
que volviesen à unir los Esquadrones,
haciendo ufanos de su gente alarde,
pues yá armados están. Nuestros parciales
nada me ocultan, ni ocultar quisieron,
que à Pelayo por Rey reconocieron,
y tu muerte solícitos intentan
el morado pendon yá tremolando.
Mun. Qué dices, Tulga? Ese enemigo vando
de Esclavos foragidos, infelices,
à quien su abatimiento, y mi desprecio
los libertó de estár encadenados,
à tanto se atrevieron? Qué? Aún ignoran
que el poder Mahometico triunfante
trastornó los Imperios de Levante?
Y q̃ excediendo à Mario, en la abrasada
Libia, y sus espantosos arenales
hicimos, à pesar de sus Dragones,
de Catón la gran marcha celebrada?
No miran el joyél de mi turbante,
y el Real calzado, de su Rey despojos,
y baldon suyo, que de mis enojos
huyó aunque herido, (el bruto rebentado)
librandole la noche encapotada.
Si à España con Exercitos, armada
pusimos yugo en la cervíz altiva,
cómo podrá oponerse ya cautiva
al poder Sarraceno? Qué? Aún ignora
que una débil muger causa fue sola
de la infame cadena que hoy arrastra?
Pues otra muger pérfida echa al cuello
de España los postreros eslavones,
y el triunfo me ha de dar su misma muerte.
Tulg. Cid Munuza: qué dices? De quál suerte
tan dificiles máquines dispones?
Mun. Oye, y admirarás mis invenciones.
Quando mi brazo, y prevenida gente
inutil fuera, ò la ponzoña ardiente
dispuesta para el fin, se malográra;
y quando la fortuna me estorvára,
que al cuchillo, ù al tosigo se rinda
la vida de Pelayo, y de Hormesinda.
Entonces, Tulga, quando parecia
que todo el gran proyecto se perdia,
le verás conseguir: su mismo hermano
ò por sentencia, ò por su propia mano,
la dará muerte fiera. Horror tan grande
supe astuto infundirle: no lo dudes.
Mas si ni esto se logra, está Zulema
pronto à matarla à todo riesgo, y luego
sabrá esparcir la voz de que Pelayo
fue el barbaro, y horrible fratricida.
Y esta fama en los suyos estendida,
(la piedad infundiendo los rencores)
qué esperas que produzca, sino horrores
escandalos, tumultos, y alborotos
contra Pelayo? Y de el furor validos
en medio del motin de su vil Plebe
equivocada, muerte le darémos,
de sus mismos parciales ayudados.
Talg. Prontos tendrás tus Arabes soldados.
Mun. Así toda la España sometemos

al

al Africano yugo ; y les cortamos
la esperanza de nueva Monarquía,
aun quando à tal aspire su osadía.

Tul. Solo encargo, Señor, la diligencia,
(antes que el ciego vulgo se repare)
pues ella en las empresas importantes,
principalmente el exito asegura.

SCENA VI.

Munuza, y Pelayo.

Pel. Quán en vano en un pecho generoso
los esfuerzos inutiles procuran
dar alientos à un noble, y ofendido!
Munuza amigo: si Pelayo ha sido
digno de tu amistad, pues tantas veces
nuestras desgracias has compadecido:
ayudame à sentir mi pena horrible,
y duelete del trance en que me veo.
O triste precision! Qué no es posible
hallar medio en mi grande desventura,
sino es el ser infame, ò fratricida?
Yo à mi hermana quitar la dulce vida?
Yo vivir por sus hechos afrentado?
Terribles dos extremos! Dime, amado,
y amigo muy leal, qué executáras
si en tal conflicto como yo te halláras?

Mun. Lo que debes hacer, Pelayo amigo,
por tierna compasion no te lo digo;
pero lo que yo hiciera, esto seria.
En mi imaginacion yo fixaria
la augusta, y nobilisima ascendencia,
venerada de todas las Naciones,
llena de lauros, triunfos, y blasones:
el clamor de la fama voladora,
el pundonor de un noble delicado:
con qué poco se pierde lo ganado:
con qué facilidad se recupera:
quán poco à un corazon heroyco altera
ni el vinculo de sangre, ni otras viles
pasiones vergonzosas femeniles.
Quántos nobles exemplos dá la historia,
dando al alma valor con la memoria:
qué infame que es Noble ya afrentado:
qué heroyco que es un Noble ya vengado:
qué poco al ofensor nadie le debe:
qué hazaña es el castigo de un aleve:
quãto mas le cõviene à un Godo Hispano
ser Noble heroyco, q̃ afrentado hermano:
quánto el vencerse à sí:::

Pel. Basta, Munuza.
Qué dices? Pues tan débil me imaginas,
que repare en estragos, ni en ruínas
por mi decoro? Morirá Hormesinda
con esta espada.

Mun. Lo que à tí te toca
sabrás sin duda hacer: como tu amigo
que soy, no debí yo ver un testigo
de tu deshonra: el complice perverso
sacrifiquè en tu honor con cruda muerte.

Pel. O fiel amigo! O Cielos! De tal suerte,
que todo el mundo ya mi bien procura?
Y solo aumento yo mi desventura
con piedad afrentosa? : : :Ya está dada
la sentencia fatál.

Mun. Quán generoso
es tu pecho, Pelayo! Qué glorioso
te verè sin tal mancha! Amigo digno
de Munuza, y entonces en tus sienes
pondrè (mi juramento te lo abona)
de Asturias, y Cantabria la Corona.

ACTO IV.

SCENA I.

Salen Pelayo, Hormesinda, Ferrandez, y Elvira.

Horm. No teneis q̃ animarme: à los vencidos
no haber ya que perder, infunde aliento.
No puede ser mas grande mi tormento,
ni mi afrenta mayor. Pelayo, muera,
muera tu hermana sí; pero siquiera
viva mi fama, y no con mancha indigna
de mi progenie ilustre, reputada
por vil muger: cobarde, y desmayada
no me verás ahora: tu decoro
me anima para hablarte: no la vida
te pido, que aborrezco sin la fama.
Yo misma al opio, al hierro, y à la llama
me entregarè gustosa; pero advierte,
que à tu inocente hermana das la muerte,
creyendo en asesinos, y traydores.
No son Tuga, y Munuza mis mayores
enemigos: me ofende mas Pelayo.

Pe-

Pelayo, tú te acuerdas de la eſcuela
de nueſtra dulce, y ſuſpirada madre.
Ay madre mia! Dí, de nueſtro padre
deſgraciado los ſantos documentos
que nos daba, olvidaſte; qué has creído
que los haya tambien pueſto en olvido?
Juzgas que aquella educacion, y exemplo
faltó de mi memoria, haciendo agravio
à tus padres, y mios, à tí propio,
y à mí, q̃ ſoy tu hermana, aunque infelice?
Lo que el vil, el traydor Munuza dice,
ſin examen creiſte: deſgraciada
nací: la infame vida eſtimo en nada.
Mas no tendrás diſculpa: cruel hermano
te llamará el Alarbe, y el Chriſtiano.
Terribles infortunios te amenazan
entre los moros: las reliquias Godas,
reliquias de Tarif, y el fiero Muza,
que eſta montaña conſervaba, todas
ſerán aniquiladas. Traícion grande,
ſin duda, hay contra tí: tendré el conſuelo
de que muero ſin culpa: no ſe diga
jamás que huvo en la hermana de Pelayo
mancha, ni dolo, y digaſe que muero
por tu guſto: mas ay! cómo algun dia
ſentirás con dolor la muerte mia,
y con remordimientos inmortales
juzgarás de las furias infernales
alvergas en tu pecho, y la memoria
te atormentará horrible quando ſepas,
que por creer la acuſacion impía
de la canalla infiel Mahometana,
(q̃ horror!) mataſte à tu inocẽte hermana!

Pel. Valgame Dios! Qué dices? Vive, vive,
mi hermana, mi Hormeſinda, q̃ no puedo
tu llanto reſiſtir.

Elv. Albricias, Cielos!

Ferr. Finalizaron ya los deſconſuelos.

Horm. No à mi razon atiendas ſolamente,
mi inocencia ſabrás de Traſamundo,
juſto, y cierto ſerá lo que él dixere.

Pel. Valgame Dios! Qué dices? Muere, muere,
deſdichada muger, baldón, y afrenta
de Godos, y Eſpañoles.

Horm. Qué? qué es eſto
Pelayo? Aún hay mas penas?

Pel. Traſamundo
es tu mayor contrario. Pues crías
que apoyaſe ſu honor tus demaſias?
No cabe en la virtud: él, él intenta
que con tu ſangre lave yo la afrenta
de los Chriſtianos, ni me dá à Gaudioſ[o]
haſta que mueras tú, para mi eſpoſa,
ni cómo era poſible!

Horm. Ay Dios eterno! (venido golpe[!])
Ah nuevo! Ah horrible! Ah impre[-]
Armóſe contra mi todo el Infierno,
Tambien eſto? Eſto ſolo me faltaba:
Contra mi Traſamundo? Quién creyer[a]
tan repentino horror? De quien fiaba
oygo tal? Dónde irè? Pierdaſe todo:
Vida vil! Ya no quiero honor, ni vid[a]
Por mí volverá el Cielo. Ea matadme,
q̃ el mundo infame, y pérfido aborrez[c]
porque con eſto de una vez ſe acabe[n]
(quando al cuchillo mi cerviz ſe rind[a])
las horrendas deſgracias de Hormeſin[da]

SCENA II.

Hormeſinda, Traſamundo, y Elvira.

Traſ. Qué alteraciones en voſotras mir[o]
Qué nueva confuſion, y ſobreſalto
vueſtro ſemblante anuncia? No perdai[s]
la eſperanza, Hormeſinda, q̃ aun no t[odo]
ſe anegó en Guadalete el valor Godo

Horm. No es tiempo de callar: ya q̃ yo mu[era]
no juzguen culpa en mí la cobardia.
Traſamundo, Señor, quién juzgaría
de vos tan gran maldad!

Traſ. Precipitada
Hormeſinda, qué dices?

Horm. Qué eſperabais
de mí ſino lamentos doloroſos,
eternas, y triſtiſimas querellas
por vueſtro proceder tan no eſperado
de vueſtro exemplo, canas, y prudenci[a]
Conoceiſme? Sabeis mi alta aſcendenci[a]
Sabeis mi pundonor? Y aunque lo dig[a]
mi honeſtidad, virtud, recogimiento,
y régia educacion.

Traſ. Lo sè, Hormeſinda.

Horm. Pues en q̃ os ofendí? Por q̃ ſangri[ento]
mi muerte procurais? Tal ſe creyera
del juſto Padre en quien la Patria eſp[era]
Vos prometiſteis del traydor Munu[za]
de

defenderme: mas yo quien me defienda
de vos ya necesito. Tan infame
soy, que pedis mi muerte? Quál delito
me originó tal odio! Soy yo acaso
la que llamó à los duros Agarenos
de los altos Alcazares de Ceuta
con el rojo pendon de Lunas lleno,
y à voces à embarcar los animaba
contra los Godos en venganza ardiendo,
y incitando las armas espantosas,
que tan grandes desdichas nos trajeron?
Yo, misera infelíz, qué desventuras
à los Godos causé? Què formidables
Exercitos armè contra la Patria?
Yo no traje à Tarif desde Damasco,
ni de Libia llamè al sobervio Muza.
Misera! Què hacer pude que incitase
contra mí tal furor en los Christianos?
Yo lloré sus desgracias. No fue el Cielo
por mis ruegos tambien importunado?
No imploré sus piedades? Ofendida
mas q̃ yo quièn habrá? Quièn de la suerte
sufrió mayor tormento? El vil Munuza
valído del conflicto violentada,
me desposó con ritos execrables. (tada!
(Tiemblo de horror diciendolo) Ah cui-
Morirè sin vengarme! Aborrecida
de los mios irè profuga, y triste
à pedir el favor de los Infieles,
ò à morir entre barbaros crueles,
pues soy abominada, y Trasamundo
hasta verme morir, niega à mi hermano
de su Gaudiosa la ofrecida mano,
queriendola dotar con mi inocente
sangre, pues juzga que su estirpe afrente.
Tras. Hormesinda infelíz, mal informada
muger, què dices? Yo matarte intento?
Yo culpo tu conducta? Yo me afrento
de tu sangre? Yo hacer nada en tu ofensa?
Yo dexar de morir en tu defensa?
Cómo es posible!
Horm. Es vano el disimulo:
Pelayo, sí, Pelayo: él mismo ahora
acaba de decirmelo, y el nombre
de Trasamundo le excitó los odios,
q̃ à templar ya empezaba con mi llanto.
Tr. Què nuevo asombro es este? Cielo Santo!
Aqui hay gran mal oculto! Satisfecha
aún no está tu justicia, ya deshecha
en campos de Xeréz con rabia impía
la Goda triunfadora Monarquía?
Aun no con tanta sangre hemos pagado
del infelíz Rodrigo el gran pecado?
Què dura el justo enojo todavia?
Engañada Hormesinda:::
Elv. Infanta mia,
Trasamundo callad, que he divisado
à Munuza que viene.
Tras. De el malvado
quiero huir la presencia. Vendrè à verte.

SCENA III.

Munuza, Hormesinda, y Elvira.

Horm. No quede à mi dolor ninguna suerte
de alivio que no busque. Despechada
tendré siquiera el frivolo consuelo
de insultar con furor à mi enemigo
de furias implacables agitada.
En fin, Munuza, en fin:::
Mun. Si despechada
me pretendes hablar, à solas quiero
satisfacerte, haz que se aparte Elvira.
Vase Elvira. (ira
Horm. Ya nadie escucha. En rabia, y mortal
arde mi pecho. Estás, cruél, contento
con mi desgracia ya? Què ó tormento
que no me hayas fierisimo buscado?
Engañar à mi hermano tú has logrado,
y hacerme aborrecible. El Dios eterno
de los Christianos, à quien firme adoro,
y en quien espero, los castigos justos
por infamia te dé tan execrable.
Mun. Muger desesperada: aunque mas hable
tu pasion, no se ofende mi grandeza.
Horm. Tambien ese desprecio? Ay tal fiereza!
Pues tú quien eres? Quáles tus acciones
son, sino infamias, robos, y traiciones?
Quándo entre Arabes fuiste tú estimado?
Y entre los nobles Godos qué has valido?
Mun. Valdré al menos los Godos que he
vencido?
Horm. Con infidelidad, y alevosías.
Mun. Ya no puedo sufrir mas demasías.
Ahora sabrás à quién has ofendido.
Con inaudita especie de tormento

he de darte el mas barbaro castigo,
pues no oye ahora mi voz ningun testigo.
Conozco tu razon, sé tu inocencia,
que atropellé con impetu, y violencia.
A tu hermano engañé, te lo confieso,
por lograr tus favores, y por eso
con fingidas promesas fue embiado
à Cordova, y alli à ser degollado.
No se logró mi intento! Por gozarte,
pues no huvo otro remedio, despesarte
logré conmigo, aunque desesperada:
Pero tú, aunque conmigo desposada,
mi lecho abominaste: tal desprecio
pagué con tu descredito, y has sido
reputada por fragil: te ha adquirido
la infamia tu imprudente resistencia.

Horm. Viva mi honestidad en la presencia
del Cielo, y tengame por delinquente
el mundo, por tu exceso temerario.

Mun. No fue exceso: porq el favor no alabas
de servir el Señor de sus Esclavas?
No te amé, y tanto bien tú le has perdido?
Qué mayor bien q amor correspondido?
Corrido estoy, rabioso, y despechado
de no haber tus favores conseguido,
aunq de ello en tu oprobio me he jactado.
Pues sufre mis enojos: de mi mano
digna te quise hacer, y me ultrajaste.
No advertiste quien fueras, y quien eres?
A ser creyente hubieras ya ascendido
de la alta Religion de el gran Mahoma;
y por fin, con el tiempo hubieras sido
quizá la principal de mis mugeres,
y à tu hermano mandáras como Esclavo.
Imaginaste que tan necio fuese
que hablar primero à tí te permitiese
con lagrimas, y extremos engañosos,
propios de vuestro sexo, acostumbrado
con ellos à triunfar, y me expusiese
à un desayre tal vez? Eso querias?
Ah, cómo ignoras las cautelas mias!
Desde los años de mi tierna infancia
aprendi con astucias, y traíciones
el arte de engañar los corazones;
y sé, que al que se juzga poderoso,
la primera noticia impresion hace,
y es dificil borrarsela: excelente
virtud se necesita, que hay en pocos,
pues pocos imaginan, que se atreva
nadie à engañarlos, ni que serlo puedan.
Mira à quien ofendiste, desgraciada,
y no será (te juro) impunemente.
Quíen te librará ya de mi venganza?
Tu mismo hermano (tanta confianza
de mí le persuadí) poder me ha dado
de que haga yo justicia à mi alvedrio.
No hay piedad, ni remedio: tu desvio
te costará la vida, y al instante
à una hoguera voráz con mil cadenas
serás llevada presa à quemar viva.

Horm. Cielo! esto sufres? Fiera tan altiva
consientes en el mundo? Para quando
guardas los rayos? Quán abominable
maldad! y qué horrorosa! Detestable
Político infernal, feróz injusto,
Autor de los delitos mas atroces,
pérfido, de qual Monstruo de las Sirtes
fuiste engendrado? O si pluguiese al Cielo
que en las ondas se hubiera sumergido
con remolinos la maldita Nave,
que pasó à las riberas Españolas,
monstruo tan inhumano, y tan horrendo.

Mun. Para tu pena, y tu mayor tormento
vuelvo à decirte, que eres inocente;
pero todos te juzgan delinquente,
y has de morir infame, y despreciada
de los tuyos, y al fuego condenada.

SCENA IV.

Hormesinda, y Elvira,

Horm. En fin, qué no hay remedio à mi
Quien se vió en tal angustia? (desdichas

Elv. Ay de nosotras!
reducidas de nuevo à ser esclavas
entre barbaros fieros, y crueles,
Adonde iremos, míseras cuitadas?
A que nos den por Arras à sus Moras,
à servir en sus baños deliciosos,
ò à labrar sus Marlotas, y Almaizares

Horm. O! acabeme mi angustia, y mis pesares

SCENA V.

Ferrandez, y Elvira.

Elv. Ferrandez, es posible que à Pelayo
no

no podais disuadir? Que solo pende
de su yerro la vida de su hermana,
y aun la suya, y la nuestra, y un tan leve
inconveniente causa tal desdicha,
tan facil de enmendarse, y no se enmienda?
Nueva especie de pena, y mas tremenda,
que si fuera la pena irremediable!

Ferr. Qué quieres q̃ en dolor tan lamentable
yo te responda, Elvira? Yo he fixado
carteles en que reto, y desafio
al que acuse à Hormesinda; mas Pelayo
mismo lo estorva: dice que es impío
modo de hacer justicia hechar la suerte,
ò en el mas venturoso, ò el mas fuerte.

Elv. Pues yo voy à morir con mi Señora.

SCENA VI.

Trasamundo, y Ferrandez.

Tras. Ferrandez, tu lealtad conozco ahora:
Quién lo huviera pensado: Nos perdemos.
Ya el gran palenque, y grande hoguera vemos,
(horroroso cadahalso de Hormesinda)
en la llanura proxima que linda
con el muro, alli tiene el cruel Munuza,
esquadrones de yeguas Africanas,
sus tostados Lanjetes, y Barrajis,
con adargas de Fez resplandecientes,
aljubas, y alquifaes de escarlata
están sobre las armas: à los Cielos
sube la llama: Niños, y Doncellas
tímidas, los ancianos, y Matronas
suspiran con silencio, pues los Moros,
à los que oyen llorar los alancean.
Y culpan à Pelayo de sus lloros,
pues publica el pregon que asi lo manda.

Ferr. Qué esto se sufra? Una Española Infanta
morir ási? A los Principes se debe
advertir quando acaso se equivocan,
lo que es muy cierto, que saber quisieran!
Quien debe, y puede, ofende si lo calla.
No hace el Vasallo al Rey otros favores,
sino avisarle humilde lo que ignora.
El modo hace rebeldes, y traydores,
que los consejos no. (quando es preciso)
Los Vasallos leales de rodillas
advierten à su Principe llorando,
y él lo agradece: están los Españoles
esentos de sospecha, no à sus Reyes
solo veneran; sino aun al Tyrano:
responda Juba, y Cesár el Romano.

Tra. Mas es Padre q̃ Rey un Rey de España.

Ferr. Pues de rodillas quiero, que le engaña
Munuza el vil con lagrimas, decirle,
y haga entonces su agrado, q̃ à servirle,
y à obedecerle nadie irá mas presto.
Vamos, Señor, al punto.

Tras. Mas qué es esto?
Qué confusion! Qué estrepito se escucha!
Qué inquieta, y dolorosa vocería?
Ya oygo el rumor del Pueblo, ya vecinas
se oyen las armas, y aun lucir las veo:
ya suenan herraduras de caballos,
y à lo lexos el son de las sordinas. *ruido.*

ACTO V.

SCENA I.

Salen Tulga, y Trasamundo.

Tulg. Nada Munuza obró que con Pelayo
antes no consultase: asi de justo
logró el renombre, y de Pelayo ha sido
por eso en tal reputacion tenido.
Y es ir contra Pelayo el que à Munuza
repugne.

Mun. Qué es aquesto? Dí à Pelayo, *saliendo.*
q̃ oy verá mi amistad, q̃ oy se establecen
entre nosotros las propuestas paces
con pactos ventajosos.

Tras. Y Hormesinda
donde está?

Mun. A mí me toca ese cuidado.
Haré lo que su hermano me ha rogado.

Tras. Voy temblando, y confuso. *vase.*

Tulg. Está dispuesto
quanto encargaste: el fuego, la ponzoña,
las Tropas, los amigos, las veredas,
los pasos, los caminos, las celadas,
los rumores, promesas, y zizañas...
Todo está, nada falta.

Mun. Pues al punto
entren à esa infeliz encadenada.

SCENA II.

Hormesinda con prisiones, Elvira, Zulema, Tulga, Munuza, Guardias de Moros, y algunos Christianos con grande aparato.

Horm. Ay infelíz muger! Ay desdichada!
Mun. Escuchad, Moros. Atẽded, Christianos.
No juzgueis mis decretos por tiranos,
pues yo mas que vosotros me enternezco
de tan triste espectaculo, y tan tierna
juventud malograda, y hermosura.
Yo la contemplo una inocencia pura;
mas qué he de hacer? Su Hermano à voces clama,
que la entregue à voráz, y ardiente llama:
Quizá tendrá motivos que le impelen.
Yo protestando al nombre sacrosanto
de el Miramamolin, y el gran Mahoma,
en su nombre executo la justicia,
las ordenes cumpliendo de Pelayo.
Zul. Tu compasion, y rectitud admira.
Elv. Señora! Ay de nosotras!
Horm. Solo es tiempo
de convertir ya en merito la pena.
Elv. Ay que desdicha! Ay muerte de horror llena!
Horm. En fin, que ni mis ruegos, ni mi llanto,
ni mi llanto tristisimo, y inutil,
ni mis tiernos suspiros arrancados
con profundo dolor de mis entrañas,
ni el transito fatál en que me veo
cercado de congoxas, y de angustias,
ni mi razon, ni mi inocencia al Cielo
pudo apiadarle! Ay qué dolor terrible
me oprime el corazon! A quién los ojos,
los tristes ojos de llorar cansados,
tanto tiempo en los Cielos enclavados
sin fruto, volveré? Por todas partes
la imagen espantosa de mi muerte
miro en vision horrenda: en vano fuerte
me intento hacer. Soy debil muger flaca,
de inumerables penas combatida:
mil enemigos mi inocente vida
tiene sin culpa. Ay barbaro tormento!
Infeliz Hormesinda! Ay desdichada!
Adónde voy? Qué haré? Precipitada
en un abismo de ansia, y desconsuelos
(qué pena!) estoy: Valedme, Santos Cielos!
Elv. Ay Dios! Ah España! Ay miseros Christianos!
Horm. Ay! El mas infelíz de los hermanos,
que esto quieres Pelayo! Ay! Si me vieras!
Ay! Como acaso ya te enternecieras
en ver à tu inocente hermana triste
en tal angustia, y trance! Ay! Y nacida
de las mismas entrañas que naciste!
Donde estás q̃ no me oyes? O Christianos!
Llevadle mis suspiros postrimeros,
decid que su ignorancia le perdono,
que resignada por su gusto muero.
Que solo siento el lance temeroso
quanto se desengañe: Ay! Quantas veces
repetirá mi nombre pavoroso!
Qué grande horror le espera! Dios eterno,
voy à morir cargada de cadenas?
Dadme en este conflicto fortaleza:
sirva mi muerte de exipiar la culpa
de España, y pague solo mi cabeza.
Un Christ. O trance horrible! O barbara fiereza! (rece
Tulg. à Mun. Fortuna nuestro intento favo
Horm. Mas ya que muera, si algo te merece
Hormesinda, Munuza, pues mi herma
te fue leal, pues fuí de tí querida,
que me dés te suplico, no la vida;
sino la muerte menos rigurosa.
Mun. Qualquiera muerte es una misma co
Horm. Pues muero yo, publíca mi inocenci
Mun. Executad al punto la sentencia.
Hor. Ser una hermana por su mismo herm
sentenciada à morir! Y sin delito!
Y à su enemigo pérfido entregada!
Qué atrocidad! O Cielo! Ay desdichad
Mun. Vé infeliz à morir, y haz con tu vid
inutil sacrificio à tu Propheta:
A las Guardias.
Y vosotros guardad el gran suplicio,
hasta ser en cenizas reducida.

SCENA III.

Tulga, y Pelayo.

Pel. Triste imaginacion! Qué combatid
de funestas idéas! Mas qué estruendo
y re

y rumor de la Plebe ensordecido
turba los muros de la antigua Gigia?
Tulga: es Munuza fiel? Me he equivocado
en el juicio que de él tengo formado?
Tulg. Eso dudas, Pelayo? Vendrá ahora
à firmar los tratados de Alianza.

SCENA IV.

Trasamundo, y Pelayo.

Tras. Gran Pelayo, fiel, y ultima esperanza
de la infelíz España que ya espira:
Qué es esto q̃ nos pasa? En qué desgracias
vamos precipitandonos?
Pel. El Cielo
asi lo permitió: con menos fuertes
remedios no es posible que se cure
mi pundonor herido, y mancillado, (do
y aun doy gracias al Cielo, pues me ha da-
tan grande amigo, que à su cargo tome
mi deshonor, y à su venganza acuda:
Munuza, el fiel Munuza:::
Tras. El fiel Munuza?
Pel. El fiel Munuza, sí: qué te suspende?
Tr. El fiel Munuza? O Cielos! Con q̃ entiende
Pelayo que Munuza, el vil Munuza
es su amigo?
Pel. Pues qué? de lo que digo
nadie se admirará?
Tras. Séme testigo
ò Dios que lo ves todo, que Munuza
es alevoso, es pérfido enemigo....
Sé que engañado vives: él sobervio
sacrifica à Hormesinda à su fiereza.
El es facineroso: ella inocente.
La lealtad de España es obediente,
y aun con importar tanto, dilataba
desengañarte, porque te enojaba.
Pel. Trasamundo, no adules mi deseo
con nuevos imposibles: si asi fuera!
Mas ay! que es muy cruel mi suerte fiera!
Tras. No es cruél, es benigna, el Cielo quiere
volver por la inocencia de Hormesinda,
sin causa perseguida: despechado
Munuza de haber sido despreciado,
conociendo tu honor, te habló primero
que otro te hablára, para que severo
le dieras muerte, y odio te adquirieras
de tus Christianos, y acabar con todos.
Yo, Gaudiosa, Ferrandez, y los Godos
todos lo saben; solo tú lo ignoras.
Pel. Con que fueron sus maximas traydoras?
Tras. Traydoras, y à tu muerte dirigidas.
Pel. Pues dime: y estas letras?...
Tras. Son fingidas
por mano infame del falsario Tulga.
Lo sé... Y la trama, y pérfido artificio...
Pel. Trasamundo: es verdad?
Tras. Pues aún lo dudas?
Dios Sacrosanto, que con infinita:::
Pel. Suspende el juramento: Y mi inocente
hermana dónde está?
Tras. Con sus doncellas
juzgo que está llorando recogida,
esperando la muerte por instantes,
para lo qual se la entregaste al Moro.
Pel. Yo al Moro la entregué? Yo.... Qué....
Qué dices?
Tanta vileza en la sobervia hispana
fuera posible... Dónde está mi hermana?
Voy à abrazarla, y voy con penetrantes
heridas à matar al falso Amigo.
Es verdad? O me engaño?
Tras. Lo que digo,
Dios eterno, confirmalo.
Pel. No estorves
mis venganzas, Señor, con detenerme:
O! qué funesto, y qué terrible dia
es este para mí de mi llegada!
Que tanta infamia estaba preparada!
Suelta, Señor. *Deteniendole siempre.*
Tras. Pelayo, los furores,
la precipitacion, ni la violencia
no lo remedian: solo la prudencia
puede valer quando el contrario es fuerte,
y si te precipitas, nos perdemos.
Deteniendole.
Pel. Eterno Dios! Qué dices? Me horrorizo.
O, Pelayo infelíz! Ay de mí triste,
hombre inconsiderado, y sin sentido!
Ay Dios! Qué iba yo à hacer? En un
momento
quanto comprendo q̃ ignoré hasta ahora?
De qué sueño profundo yo despierto?
Qué horror! Ah vil Munuza! Ay Hor-
mesinda

mi

mi hermana! Mi querida, y dulce hermana!
Preſago el corazon me lo decia.
Injuſto fuí en creerte yo culpada.
Yo tomaré venganza tan horrenda
de tu agravio, que al fin le ſatisfaga.
Y juro por las almas generoſas,
que dejaron los cuerpos inſepultos
ya blancos eſqueletos, à la orilla
de el infauſto, y ſangriento Guadalete,
que ſi una muger fue la deſventura
de Eſpaña, otra ſerá quizá la cauſa
de ſer la mas triunfante Monarquía,
que à peſar de la tierra, y mar profundo
ſe iguale con los terminos de el mundo.
Dónde mi hermana eſtá?

SCENA V.

Gaudioſa, y dichos.

Gaud. Traícion hay grande.
Zulema, de el amor que me ha tenido
barbaramente ciego, no ha podido
un ſecreto callar. Que no bebieſe
de el vino me encargó, que ſe ofrecieſe,
quando jureis las paces.
Pel. Ah traydores!
Dónde mi hermana eſtá? *Queriendo irſe.*

SCENA VI.

Ferrandez, y dichos.

Ferr. Creyó que fueſe
facil, el vil Munuza, hacer odioſo
ſu Principe à los claros Eſpañoles:
No le valdrá ſu infamia: rodeados
de Tropa eſtamos ya por todos lados,
por traícion de los Moros.
Pel. Al inſtante
acudid à las armas. *Deteniendole.*
Traſ. Calla, Infante.
No ſon eſos eſtremos tan preciſos,
ni anduvieron los tuyos tan omiſos,
que no eſtén prevenidos à la muerte
por librar à tu hermana, y defenderte.
De Pedro, Duque de Cantabria, el hijo
eſtá aviſado: eſpera, porque à veces
no es licito en la Guerra errar dos veces.
Pues ſi el golpe ſe logra como eſpero,
contra el Africa vil de la montaña
rugiendo bajará el Leon de Eſpaña.
Pel. Dónde mi hermana eſtâ, que no la veo?
Voy à buſcarla aunq ſe oponga el mundo.
Traſ. Diſimula un inſtante, porque creo
que aqui va à echar el reſto la fortuna.
Vaſe Pelayo.

SCENA VII.

Zulema, y Munuza con grande acompañamiento, y dichos.

Mun. Oy ſe ve llena la Agarena Luna
de Gijón en la Torre envanderada.
Oy la paz, y alianza confirmada
ſe verá entre los Moros, y Chriſtianos
Yo haré juſticia indiferentemente
en nombre del Califa ſoberano.
Entre unos, y otros oy eſtablecemos
la confederacion con firmes pactos.
Con finezas, con dadivas, y eſtremos
la amiſtad ſe confirme: oy brindaremos
y en ſeñal de la fé que os he jurado,
tan recta es mi juſticia, que forzado
mi corazon piadoſo, y informado
por Pelayo, que muerte m recia
ſu triſte hermana, en eſte miſmo dia,
dando de mi virtud inſigne mueſtra,
ſin diſtinguir perſonas, Juez ſevero,
abandonando aquello que mas quiero,
la ſentencie à quemar. Ya executada
eſtará la juſtiſima ſentencia.
Traſ. Cielos, què eſcucho?
Ferr. Cómo tal violencia?
Mun. Eſperad à Pelayo.
Gaud. Ay deſdichada!
Hormeſinda infeliz! Ay malograda!
Ay dulce hermana, y compañera mia
en todos mis trabajos! Eſto habia
la ſuerte reſervado à tu hermoſura?
Ferr. Pierdaſe todo.
Traſ. Nada ſe aventura.
Mun. Teneos, ò mis Guardias::: Mas q
es eſto?

SCENA VIII.

Pelayo, trayendo à Tulga Tropa de Cantabros, Asturianos, y dichos.

Pel. Esto es, infame, haber ya conocido,
por la vil confusion de un fementido,
tus traíciones: Ahí tienes al malvado
digno Ministro tuyo: ya ha apurado
por fuerza el vaso que me preparabas.
De los terribles Godos esperabas
otras dadivas que estas, alevoso?
Mun. Arma, arma, mis Alarbes, y Africanos.
Pel. Arma, Cantabros mios, y Asturianos.
Ruido de guerra, y entranse riñendo.
Mun. Arma. *entrandose.*
Tulg. Indigno Munuza, de tal dueño,
y tal servicio, premio tal se espera:
con desesperacion ardiendo muero.
El corazon de angustia se me arranca!
Ay què dolor tan barbaro me oprime!
Mil viyoras me muerden las entrañas.
Vase cayendo.

SCENA IX.

Elvira, y Gaudiosa.

Elv. Ay infelíz! Gaudiosa: Ay desgraciada!
Los barbaros verdugos de mi amada
Señora me arrancaron: Què suspiros!
Què llantos! Què ternezas! Què afligida!
Què muerta! Ay què terrible despedida!
Gaud. Què es esto, Elvira? Ay Cielo! A tal extremo
la desdicha llegó de los Christianos?
Ay esperanzas, y deseos vanos
de nuestra libertad! Mas dime... Cómo...
Por què à Hormesinda tan desamparada
dexaste en tal angustia? Dí, el malvado
precepto habrá ya sido executado?
Elv. Ya los ojos hermosos la vendaban,
y à la hoguera voráz ya la acercaban,
cuyo estallido, y fuego conociendo
tembló, y tiernos suspiros dolorosos
de nuevo se escucharon. Yo apartada
fuí con violencia, y à buscarte vengo,
y à ayudarte à llorar.
Gaud. Pero què escucho? (fuso?
Què estruendo de armas, y rumor con-
Què roncos atabales, y bocinas
acercandose vienen? Qué lamentos?
Què asombrosa algazara, y vocería?
Ay triste España! Oy es tu postrer dia,
mas fatál que en Xerèz! Ay de nosotras
expuesto el cuello al damasquino alfanje!
Ay Cielo santo! Y què terrible trance!
Ya hasta aqui llegan: Ay! Aparta Elvira.
Moros, y Christianos riñendo dentro.
UnChrist. Oy ya la España, ò barbaros respira.
Un Moro. Desde oy sereis con yugos mas pesados
conducidos à Syria encadenados.
Gaud. Elvira: Ay de nosotras infelices!
Mas quièn, ò Cielos! viene aqui?
Elv. Què dices?

SCENA X.

Hormesinda, con las cadenas rotas, Gaudiosa. Elvira, y séquito.

Gaud. Què veo? Es ilusion? Cómo? Hormesinda!
Horm. Dexad que gracias à los Cielos rinda
por tal bien: puedo apenas explicarlo:
la Providencia así quiso ordenarlo.
Ya la hoguera fatál me amenazaba,
quando veis alli à Alfonso que llegaba
con sus Ginetes: el gallardo Alfonso,
hijo de Pedro, Duque de Cantabria.
Què sangriento combate! Què terrible!
El rompió mis cadenas: sorprendidos
huyeron los infieles:::

SCENA XI.

Trasamundo apresurado, dichos, y Christianos.

Tras. Ya vencidos
quedan los Moros con horrible estrago,
y el barbaro Munuza, que esforzaba
la obstinada defensa, de Pelayo
vió espantado brillar la ardiente espada.
Se embisten ferocisimos. Què asombro!
Què espantoso combate! Al fin el Moro
blasfemando colerico, y tremendo,

dió un gran gemido, y con horrenda heri-
palido el rostro de colo de muerte, (da
midió la tierra el barbaro espantoso,
mordiendola rabiando en sangre tinto,
rebolcandose inquieto, y con visajes,
quedando abominable, y horrorofo,
con presencia infernal, yerto cadaver.

Gaud. Justisimo castigo, y no venganza.

Saca un Christiano la cabeza de Munuza clavada en una lanza.

Tras. Veis la horrible cabeza en esa lanza
manando sangre, y arrastrando el cuerpo,
con ignominia lleva el vulgo al fuego,
q̃ antes para Hormesinda fue encendido,

Tod. Albricias! Qué ya el Cielo se ha apia-
dado.

SCENA XII.

Pelayo, Ferrandez, y dichos; y Christianos con espadas desnudas.

Pel. Perdonas à un hermano, que engañado
con tanto indicio, aunq̃ por tiempo breve,
dudó de tu virtud?

Horm. Hermano mio.... *Abrazase.*

Pel. Digna de ser hermana de Pelayo.
Mi hermana! Mi Hormesinda, hermana
amada...
Que logro verte viva, y verte honrada!

Horm. En qué peligro estuve!

Pel. Destilando
viene aun mi espada la caliente sangre
de tu enemigo: Vesla aun exalando
el ultimo vapor?

Horm. Dios Soberano
volvió por mi inocencia.

Pel. Pues lo allana
todo el Cielo, marchad à Cobadonga,
Desde alli la conquista se disponga
de España, y escarmienten los Tyranos
y en su prosperidad no estén ufanos:
Ni jamás desespere el inocente,
pues Dios hace justicia; y si enojado
nos castigó en Xeréz, ya se ha apiadado.

C O R O.

O si pluguiese al Cielo
que Pelayo lograse,
como ha logrado esta felíz hazaña,
la mas gloriosa de librar à España!

F I N.

Barcelona: En la Imprenta de Carlos Gibert y Tutò, Impresor, y Librero.